

***Economía de Galicia: situación actual y perspectivas***

ALBINO PRADA BLANCO  
Santa Comba: tresCtres. 2004  
[220 páginas]

*Recibido:* 15 de junio de 2004

*Aceptado:* 9 de noviembre de 2004

Pocas personas llevan estudiando de manera sistemática la economía de Galicia desde hace más de 25 años. Albino Prada es uno de ellos. Publicó su primer libro sobre el tema junto con Abel López en el año 1979. El título, *A outra economía galega* (Premio de la Crítica), reflejaba el carácter contestatario de dos jóvenes economistas contra las teorías más difundidas en aquella época: básicamente las representadas por Beiras y por Suevos. La segunda de sus obras sobre Galicia (*Economía de Galicia*, Xerais, 1999), veinte años después, tuvo una orientación académico-docente que, sin embargo, fue muy bien acogida por el lector no especializado. Finalmente, en la obra que nos ocupa, *Economía de Galicia: situación actual y perspectivas*, publicada por tresCtres, Prada da un paso más adelante en la predicación de sus ideas. El libro, escrito esta vez en español para ampliar el mercado usual de lectores, tiene una clara inspiración divulgativa. La redacción huye, por lo tanto, del tono académico habitual en este tipo de libros, y los gráficos, tablas y figuras se presentan en un CD adjunto.

Prada parte de un hecho objetivo: Galicia está entre las regiones más favorecidas del mundo. Es preciso recordar esto desde el inicio porque hace 50 años no podíamos decir lo mismo. Puede que hoy tengamos un PIB por habitante que represente sólo el 67% de la media europea, pero el hecho es que esta ratio era de alrededor del 35% en 1950. Matizaremos estas cifras enseguida, pero si recordamos que la tendencia fue la inversa en los países americanos, a donde exportábamos emigrantes, seguramente relativizaríamos así el espíritu melancólico con que a veces tendemos a diagnosticar nuestra propia posición geoeconómica en el mundo. Una vez situados, Prada nos descubre el camino que está siguiendo la economía gallega en materia de convergencia, sectores productivos, mercado de trabajo, relaciones con el exterior..., un camino con claroscuros en el paisaje y una encrucijada como horizonte: ¿es sostenible este crecimiento mantenido en los últimos 50 años? El autor expone su opinión a lo largo de los distintos capítulos y desarrolla una síntesis final en la que, además, propone ciertas medidas estra-tégicas.

Veamos. ¿Qué pasa, en primer lugar, con nuestra convergencia? Efectivamente, de los años cincuenta para aquí mejoramos nuestra posición relativa, pero Prada hace un matiz importante: si nos centramos en el período 1980-1995 y excluimos las décadas entre 1955 y 1980, Galicia creció menos que el conjunto del Estado. El autor explica este fenómeno por la intensa emigración a Europa y a otras regiones

españolas durante las décadas de los años cincuenta, sesenta y setenta. El PIB por habitante aumentaba aquí simplemente porque el denominador no dejaba de disminuir a marchas forzadas, mientras en el resto de regiones españolas “ricas” ese denominador aumentaba por la inmigración. Una vez que se ralentiza la emigración gallega, sin embargo, el proceso de convergencia se paraliza. Ni tan siquiera la pérdida de población de los últimos años motivada por las crecientes defunciones de una sociedad envejecida ha “ayudado”. En cuanto al nivel de producción, nunca ha habido grandes sobresaltos: durante los últimos 50 años, Galicia creció a una tasa media anual acumulativa del 3,6%, mientras que España lo hizo a una tasa equivalente del 3,9%. Tenemos, por lo tanto, un grave problema de población íntimamente vinculado a cierto raquitismo productivo que nos impide converger con los países de nuestro entorno más inmediato.

En particular, Prada enfatiza que en el sector agrario hemos reducido la cantidad de población ocupada y que hemos aumentado no sólo la superficie productiva sino también el tamaño medio de las explotaciones, la renta del agricultor/ganadero, la productividad de la tierra..., etc. y, sin embargo, no ha sido suficiente: continuamos en el furgón de cola español en todas estas ratios. En el sector manufacturero, la buena marcha de PSA y de Inditex está generando fuertes efectos de arrastre tanto en el área metropolitana de Vigo como en la zona de Ferrol y A Coruña (esto explica en buena medida por que, si nos olvidamos de la Galicia interior, las estadísticas demográficas o económicas del litoral son equiparables a las europeas). La otra cara de la moneda, no obstante, es que presentamos una configuración productiva asentada sobre actividades tecnológicamente maduras (producción de energía, material de transporte, alimentación, textil, madera) en las que, además, incorporamos poco conocimiento autóctono novedoso y valioso. Dicho de otra forma: hacemos poca I+D+i. Esto implica, en general, posicionar nuestros productos en el mercado global como líderes en costes, lo cual ha dejado de ser ya una estrategia sostenible para nuestro país.

La configuración productiva incide paralelamente en nuestra capacidad para atraer nuevas inversiones y, por lo tanto, en el mercado de trabajo. Prada tiene claro que la distinta dotación de infraestructuras públicas y el esfuerzo innovador incide significativamente en nuestro atractivo, pero hace hincapié también en la importancia de la movilidad sectorial y geográfica de los trabajadores, así como en su nivel de formación. El capítulo dedicado por entero a la experiencia irlandesa es, en este sentido, ejemplificador. Quizás la única crítica que se le puede hacer al autor es la de no ir más allá para proponer, en concreto, una reforma en profundidad de nuestras instituciones laborales: básicamente el marco legal y ciertas normas no escritas de funcionamiento sindical y patronal que flexibilicen las relaciones laborales y desincentiven la permanencia en situaciones de desempleo. Por más impopular que esto sea, deberíamos reparar cuanto antes en que el escenario político y económico al que nos enfrentamos es muy diferente al de los años sesenta. La incertidumbre es mucho mayor para todos. Así, en un contexto globalizado por el

cambio tecnológico y por la liberalización de los mercados, la rigidez del mercado laboral inhibe la inversión en nuevos puestos de trabajo o, en el mejor de los casos, genera la difusión de la contratación eventual para relaciones contractuales pensadas para el largo plazo (relaciones que periódicamente se demoran o se liquidan porque la legalidad en materia de contratación eventual así lo exige).

Es importante tener en cuenta que la regulación laboral española es de las más rígidas del mundo (Banco Mundial: DoingBusiness, 2004). A pesar de ser éste un lujo que otras regiones españolas quizás se puedan permitir por su estructura productiva, nosotros no. La entrada de los países del este europeo en la UE agrava nuestra situación porque introducen en el mercado una fuerza laboral barata, disciplinada y formada. Por eso mismo, a los trabajadores de Citroën en Vigo no les debería preocupar la competencia de Ford en Almusafes o la de Renault en Valladolid. Lo que debería interesarles son las fábricas de PSA en la República Checa y en Eslovaquia que se van a centrar, también ellas, en plataformas medias. Difícilmente podremos generar de otra forma los 12.000 empleos anuales netos hasta el 2016 que, según el autor, son necesarios para equipararnos a la UE en tasas de paro y actividad. No hay recetas milagrosas para lograr esto. Éste sería un primer paso, en todo caso, hasta alcanzar una tasa de paro friccional. Mientras esto no suceda, la mayor parte de empresarios y muchos de los asalariados en Galicia continuarán comportándose como expropiadores de rentas y no como agentes colaboradores en una relación de empleo eficiente.

Las infraestructuras son también objeto de atención por parte del autor. Habla de priorizar, de objetivos, de estrategia..., evidenciando así implícitamente nuestras carencias. En particular, la idea más interesante, a mi parecer, tiene que ver con la concepción de Galicia como puerta del Atlántico, alejándose de la percepción de nosotros mismos como el *finis terrae* de Europa. Prada ilustra nuestro potencial con ejemplos como el siguiente: sólo un 4% de las exportaciones españolas hacia América latina salen de Galicia, mientras que este porcentaje sube en Cataluña hasta el 30%. Si fuimos capaces de enviar dos millones de emigrantes a América, quizás pudiésemos ahora aprovechar todo nuestro potencial como fachada marítima en el tráfico portuario. Para ello el autor propone romper la gravitación radial de las infraestructuras de la Península que tiene a Madrid como nudo central. De esta forma, lejos de la satisfacción provinciana de llegar a la capital española en tres horas, en lo que deberíamos estar pensando es en la conexión terrestre, vía carretera y ferrocarril, de nuestras áreas portuarias en dos ejes: A Coruña-Porto y Vigo-Miranda de Ebro. Antes probablemente necesitemos convencernos, sin embargo, de las grandes sinergias (especializaciones sectoriales, demografía, mercado de trabajo...) que es posible obtener de una euroregión bien conectada con capacidad para situarnos, por fin, con un nombre propio en Europa. Quizás dejemos entonces de ver a Galicia como el final de nuestro horizonte para comenzar a percibir, de una vez por todas, nuestro gran reto: sólo seremos algo en Europa como parte de una euroregión y, si no, simplemente no seremos nada. En esta nueva región, por cierto, el

“periférico” Vigo es el centro, con más de siete millones de habitantes en una isócrona de transporte terrestre inferior a las dos horas. Algo debería influir esto en el diseño de las infraestructuras gallegas.

Claro que organizar la euronregión no depende sólo de las infraestructuras. Depende, fundamentalmente, de la cobertura institucional que le demos. En lo que concierne a los gallegos, Prada explica a lo largo del libro una serie de retos que yo englobaría en un desafío global: la organización institucional del territorio rural y urbano. Conviene recordar que Galicia es aún una región rural, con los costes en términos de servicios y abastecimientos que la dispersión genera. Esto está relacionado, evidentemente, con la negligente gestión de los usos de la tierra que se ha hecho hasta el momento. Se entiende que las reformas en esta área son difíciles porque hay muchos más propietarios que productores interesados en poner en valor las tierras; consecuentemente, una iniciativa como ésta tendría un coste electoral importante para sus promotores. El argumento es más difícil de aceptar, sin embargo, si reparamos en que ésta es una medida que, igual que Prada, otros especialistas llevan poniendo encima de la mesa desde hace varias décadas. Se extiende así una sensación de inmovilismo nada apropiada para los tiempos que corren. En cuanto a las áreas metropolitanas, el autor destaca que precisamos de una cobertura institucional que, además de procurar servicios comunes, genere las suficientes sinergias urbanísticas, económicas y políticas como para poder construir una marca propia diferenciada en el espacio europeo. Una organización administrativa con más de siglo y medio de antigüedad, así las cosas, es poco probable que satisfaga nuestras necesidades. Sólo una redefinición administrativa podría configurar unas áreas urbanas que acaben con el minifundismo institucional y en las que lo normal –no la excepción– sean las relaciones cooperativas con el resto de las entidades locales limítrofes.

En definitiva, la principal contribución de Albino Prada con esta obra, a mi modo de ver, es que el libro logra compatibilizar la rigurosidad y la creatividad de sus análisis y propuestas con un estilo de redacción esencialmente divulgativo. Los lectores interesados, especializados o no, encontrarán una publicación accesible con una reflexión solvente como pocas antes se han efectuado. Sin duda, el hecho de que este libro sea un producto exclusivo de la vocación del autor, de un compromiso con Galicia que viene de antiguo y que siempre fue desinteresado, tiene mucho que ver en esta solvencia. Pero la calidad de un trabajo no puede depender sólo del compromiso, evidentemente. Con seguridad los especialistas en economía gallega encontrarán un cuerpo coherente de ideas que conjuga viejas propuestas con nuevas iniciativas sobre las que vale la pena meditar. Pero más allá de este reducido grupo de investigadores, creo que el libro puede ejercer también un papel proselitista hacia los investigadores, en general los más jóvenes, que nos especializamos hasta límites insospechados con la esperanza de que las publicaciones internacionales avalen nuestro esfuerzo. Aunque la economía gallega cotiza a la baja en estas revistas, quizás la lectura de este libro sirva de estímulo para que, aquellos que no

lo hayan hecho ya, emprendan proyectos científicamente originales sobre la realidad socioeconómica gallega. Aunque ciertamente es complicado, tiene que ser posible.

XOSÉ H. VÁZQUEZ VICENTE  
Departamento de Organización de Empresas y Marketing  
Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales  
Universidad de Vigo